

DIALÉCTICA DE LA CIVILIZACIÓN: LA GUERRA EN PERIODOS DE PACIFISMO

Sesión 5. Nuevas formas de la guerra

Seminario PPELA 2017-1: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

¿Podrían considerarse los llamados golpes blandos y los operativos de desestabilización en curso como guerra?

Si sí, ¿podría pensarse que es un tipo de guerra correspondiente a la configuración del capitalismo del siglo XXI? ¿por qué?

Si no, ¿cómo deberían ser caracterizadas estas modalidades de intervención? ¿cómo se diferenciarían de las guerras?

La no-violencia había llegado al ridículo límite de su coraje: exponerse a los golpes del enemigo y luego llevar la grandeza moral al punto de ahorrarle la necesidad de volver a usar su fuerza.

Guy Debord, "La decadencia y caída de la economía espectacular-mercantil"

1. Tendencias civilizatorias

Ante la crisis civilizatoria parece lejana la posibilidad de la emancipación; antes que el fin del capitalismo se perciben los avisos del fin del mundo. La lucha por dar muerte al sistema de muerte tiene que enfrentarse a su plasticidad, a su manera de incorporar, anular o destruir las críticas que se le enfrentan. Después de cada derrota, al despertar, el capitalismo sigue ahí. Ante este escenario desolador, ¿qué sentido tiene el establecimiento de una guerra sin límites, cuando parece que todo está conquistado? ¿Por qué la guerra social generalizada cuando parece que hay muy poco por hacer contra el sistema?

La respuesta a estas preguntas no puede partir del presupuesto esperanzador de la proliferación de luchas como causa de la guerra social. La ecuación resistencia-dominación no es suficiente. La guerra no sólo se instala como razón de mundo para combatir o prevenir las resistencias. Hay una dimensión más sombría, una racionalidad de control absoluto, aunque para lograrlo se tengan que destruir las bases materiales de la vida. Recordemos, como lo hemos venido diciendo, que el capitalismo es un modo de producción de la vida material que junto con la riqueza persigue la ampliación y consolidación de las relaciones de poder. La valorización del valor es, sobre todo, una relación de poder sobre las existencias. Y no hay poder más grande que el poder sobre las formas de vida, las humanas y las no-humanas.

No es un simple asunto econométrico, no se disputa simplemente la definición del patrón de acumulación y el correlativo reparto de las ganancias entre pequeños y selectos grupos de personas. Estamos ante un proyecto civilizatorio, que en el siglo XXI encuentra en la guerra su mejor mecanismo para realizarse. Por ello el debate no es sobre medios o fines, sobre medios justos o injustos, sino sobre el tipo de vida colectiva que se prefigura bajo el modelo civilizatorio de la guerra. Estamos ante una nueva forma de la guerra, porque se inscribe en un patrón civilizatorio diferente al que imperó durante el siglo XX en la mayor parte del mundo (el patrón empleo y consumo pleno, de modernización extensiva: racionalidad de las prácticas, configuración de la individualidad posesiva, etc.).

Las transformaciones de la lógica de la guerra no son sólo asuntos militares, ni diplomáticos, ni estatales. En el siglo XXI juegan un papel estratégico en la definición de las pautas de comportamiento social; la guerra civiliza, y como todo proceso civilizatorio no se concentra en una institución o en una práctica, se disemina en las distintas esferas de la vida social. Resulta innecesario el debate sobre la diferencia entre conflicto armado y guerra de ejércitos; ambos son momentos de un proceso, con cualidades, emplazamientos y efecto distintos, pero con objetivos compartidos.

Ante esto, no es descabellado pensar que el modelo civilizatorio actual tiene a la barbarie como horizonte. Barbarie en un doble sentido: escenarios devastados en los que la reproducción de la vida sólo es posible mediante la expansión de la muerte, donde los códigos comunicativos se reducen a expresión de odio y dolor. El otro escenario es el del confort, que se define por oposición a los bárbaros, la ciudad que no merecen los que sólo balbucean, los que no hablan el lenguaje del consumo obsceno.

En este punto, hay que reconocer que la guerra no termina, sólo impone momentos de pacificación o el establecimiento forzado y artificial de una paz. La pacificación parece un intersticio, un respiro en situaciones de conflicto generalizado, pero sólo prepara el escenario para uno de los golpes más mortales: eliminar de las poblaciones los saberes de la lucha y del enfrentamiento, expropiar la violencia de combate, para sustituirla por el fetichismo de la ley. "Es lógico apelar a la ley legalmente. Lo irracional es estar mendigando legalidad ante la ilegalidad flagrante, como si ésta fuese un absurdo que se deshace cuando se lo señala con el dedo" (Debord). La pacificación hace imposible la subversión total de la sociedad. El fetiche de la ley y la defensa de las instituciones como distractores de la guerra social en curso son sutiles mecanismos para ponerle fin a la violencia plebeya, la violencia redentora de la que hablaba Walter Benjamin.

Finalmente, habría que reconocer que la guerra como tendencia civilizatoria funciona dentro del pragmatismo de la política (de la *realpolitik*), pero va más allá de él. No sirve sólo para tirar gobiernos y redefinir las relaciones diplomáticas o para garantizar situaciones favorables para el despliegue del capital corporativo. A partir de los vectores civilizatorios se definen los quehaceres y los sentidos, se moldean cuerpos y diseñan pensamientos. La guerra juega ese papel.

2. La gratuidad de la muerte

Las nuevas formas de la guerra se organizan en torno a dos grandes polos. Por un lado, el polo de las guerras planificadas, de ejércitos o de contrainsurgencias, en las que se diseñan proyectos para avanzar en el control de territorios y poblaciones, ya sea por el enfrentamiento directo o por operaciones difusas que sirven para desestabilizar las dinámicas cotidianas y abrir paso a formas de control macro o formas de control microscópicas externas a las poblaciones locales. Por otro lado, está el polo de las guerras “ilegales” no planificadas, en las que se construyen nuevos escenarios del enfrentamiento, que son encabezadas por señores de la guerra, individuos o colectivos relativamente pequeños que por la fuerza desmesurada logran controlar momentáneamente un territorio y gestionar a las poblaciones que lo habitan. En ambas situaciones no desaparecen las reglas de la guerra, se multiplican, a la par que se multiplican sus escalas.

En ambos polos aparece una figura que se expande aceleradamente: la del mercenario, que bajo la forma de cuerpo de seguridad privado o de gatillero, alimenta la cultura de la guerra, cuyas razones no son sólo la obtención de ganancias rápidas en un tiempo corto. El mercenario es la figura que mejor expresa la reconfiguración de las fuentes del poder social y su patrón civilizatorio: hoy como nunca el poder se define en el ejercicio de la crueldad sobre la vida de otros. Si bien el mercenario está cargado de contenidos simbólicos (de una fuerza sin límites, de un miedo domesticado, de una virilidad extraordinaria), estos pesan menos que la posibilidad de establecer el control inmediato sobre los cuerpos y su entorno. La crueldad es una marca de época, que se realiza de múltiples maneras, que busca ampliar sus espacios y sus tiempos. La crueldad del mercenario produce sus condiciones de impunidad y expande así su pedagogía.

La existencia de dos grandes polos de mercenarios no significa que ambos tengan el mismo reparto de fuerza de fuego y capacidades de control territorial. Al igual que en la expansión de los mercados, hay una condición desigual, no son competidores del mismo nivel las empresas de seguridad privada, compuestas por soldados disidentes y por agentes estatales, que los ejércitos de leva de los señores de la guerra. En un posible enfrentamiento es clara la victoria. Pero este escenario está lejos de suceder. Como en la llamada guerra contra el narcotráfico en México, el poder de fuego que tienen los carteles, por mucho que avance, no se compara con el poder de fuego que tienen las fuerzas armadas. Nos damos cuenta que no es una guerra cuyo objetivo sea la derrota, al mirar el número de bajas en ambos lados. En los últimos diez años no son más de dos mil personas adscritas a las fuerzas armadas las que han muerto, comparadas con las decenas de miles de personas asesinadas y/o desaparecidas. Esta lógica no es exclusiva de México, se reproduce en los escenarios donde hay situaciones de guerra generalizadas, cuyo fin no es la derrota de uno de los bandos sino la prolongación del conflicto.

Viene a la mente, de manera directa, la relación con el universo de las cosas en el que nos encontramos. En un mundo hecho a imagen y semejanza de la mercancía no es extraño un consumo desmesurado de cuerpos y de vidas (humanas y no-humanas), pues éstas expresan a cabalidad la mercantilización de la vida. Las nuevas formas de la guerra manifiestan la radicalidad del fetichismo y su tendencia civilizatoria: la sutileza de la metafísica del mundo de las mercancías que se expande por sobre las formas concretas de los valores de uso (Jappe). En un mundo en el que se tiene que pagar por todo, incluidos los deseos y la crueldad; en el que las formas de historicidad mueren junto con los cuerpos y las geografías.

La crueldad produce terror y miedo, que son dos marcas de la tendencia civilizatoria del siglo XXI. Esto no significa que hayan desaparecido los anteriores patrones civilizatorios, ante lo que estamos es frente a una articulación distinta, donde consumir, trabajar, educarse se organizan en función del miedo y el terror.

La guerra no termina, pero se pueden reconocer sus logros: la parálisis, la desesperanza y el retorno a un refugio ficticio, el estado y la democracia.